
EL DINERO.

Indudablemente hay muchas cosas que contar; pero yo no las sé ó no debo saberlas.

Los sucesos tienen tambien su vida privada, en la que no es lícito meterse.

Seria verdaderamente una trasgresion abominable del sentido moral hacer que el público penetrara en el hogar doméstico de los acontecimientos.

¿Qué efecto tendria la representacion de una comedia si el auditorio pudiera estar al mismo tiempo en las butacas y entre bastidores?

Hay ocasiones demasiado frecuentes en que es preciso que el hombre ignore lo que sabe.

Los acontecimientos tienen tambien su pudor y salen á la calle como las mujeres honestas, esto es, perfectamente vestidos.

Nadie tiene derecho á levantar el velo con que se cubren, antes de realizarse.

Así es que circulan en todas direcciones una porción de secretos que el público guarda con religioso silencio.

Hay muchas cosas que no se pueden contar en voz alta.

En cambio se puede contar el dinero públicamente.

Y eso es lo que se cuenta.

¡Qué ameno debe ser un cuento de duros!

Dejo á mis lectores que calculen el interés que pueden llevar consigo veinte millones de reales.

Ignoro cómo no se ha ocurrido á alguno de nuestros escritores dramáticos la idea de una comedia cuyo título fuese: «¡Un millon de reales!»

Este sería un argumento digno de contarse.

Dice la medicina: el hombre no puede vivir sin aire, sin agua, sin pan.

Me parece mucho más sencillo que hubiera dicho: el hombre no puede vivir sin dinero.

Es verdad que la medicina está muy atrasada: todavía cree que un hombre no puede vivir sin co-razon.

El que tenga una onza de oro, que la consulte y ella le dirá: lo que el hombre no puede es vivir sin bolsillo.

Cuando yo considero que Matusalen vivió novecientos años, me convenzo de que la inven-

cion del dinero es posterior á los patriarcas.

Desde que el dinero es la vida, nadie se atreve á vivir novecientos años.

¿Quién podría reunir el capital que se necesita para vivir tanto tiempo?

Y esto es evidente.

Cuando se trata de un hombre muy pobre todo el mundo exclama lleno de admiracion: ¡no se sabe cómo vive!

La avaricia es casi siempre una pasion de la vejez, y se concibe perfectamente: los que más desean vivir son los viejos.

Son muy pocos los avaros que se mueren jóvenes, porque aplazan la muerte indefinidamente como una deuda que tienen que pagar y no quieren pagarla.

Yo creo tambien que el avaro, ese pellejo de onzas, solo se muere de sentimiento: lo ahoga una idea tierna.

La idea de que no pueda llevarse sus tesoros lo mata.

De esta triste necesidad no se convence hasta el último momento, por cuya razon no se muere antes.

¡Dinero! esa es la vida. Un pobre es un cadáver; por eso se le sepulta en el Hospicio.

Entre los hombres y las mujeres, los hombres

pueden ser más pobres, porque ¿qué mujer no tiene á lo menos un cuarto de hora?

Una de las cosas que en Madrid cuestan más dinero son los cuartos. Los caseros los cambian por oro.

Mi casero, elevando su pensamiento á la altura de su casa, ha escrito en la puerta del último piso esta doble idea:

CUARTO CUARTO.

Con este argumento quiere convencer á los inquilinos de que deben pagarle dos alquileres cada uno.

Oyó una vez un casero de Madrid contar que al regicida Damiens lo habian hecho cuartos.

—Ah, dijo con cierta envidia, en París los alquilaria al momento.

Dudo que haya en Madrid algun casero á quien no se le ocurra á menudo la idea de alquilar los cuartos de la luna.

¡Cuarto! palabra de doble sentido, que es al mismo tiempo la expresion más oscura del dinero y la manifestacion más ínfima del hombre.

Lo último que la moneda puede ser en una capital cualquiera, es cuarto; lo menos que un hombre puede ser en cualquiera capital, es inquilino.

Así empieza el dinero y el hombre.

Se unen necesariamente en cuanto se ven, en cuanto se tocan, como el aire y los pulmones, como la luz y los ojos.

En el sistema monetario se procede por síntesis. Así se vé que una peseta no es más que la condensacion de treinta y cuatro cuartos, y una onza la quinta esencia de diez y seis duros. Por lo cual podemos decir:

La gran síntesis es el oro.

Es singular: Dios hizo al hombre de un poco de barro y encerró dentro de él un soplo de su inteligencia.

El hombre ha cogido un poco de oro y ha encerrado dentro de él su pensamiento.

El dinero engrandece; por eso el hombre no tiene inconveniente en ser ruin para llegar á ser rico.

El oro todo lo puede.

Esto lo ha dicho el hombre para dejarse vencer sin esfuerzo.

Todo el que cuente mucho dinero acabará casi siempre con las manos manchadas.

Se me figura que las felicidades humanas son indignas del hombre desde que se compran con oro.

¡Y qué virtudes son las que se premian con el dinero!

Todavía no he podido averiguar el mérito que tie-

nen los números que tan á menudo premia la lotería.

Se han elegido para las monedas los metales, esto es, lo más frio, lo más duro, lo más insensible que hay en la naturaleza.

¡Un duro! ¿se le puede dar á una moneda un nombre más elocuente?

¿Hay algo en el Universo más cruel que los veinte reales que un padre necesita para dar de comer á sus hijos en un día de hambre?

El dinero desaparece lo mismo que la vida, llevándose todo.

Con el último duro suele irse el último amigo.

Los sastres son unos grandes filósofos que conocen al hombre perfectamente.

Ellos llenan la ropa de bolsillos.

Yo he llegado á sospechar que algunos pobres no se mueren porque no tienen con que morir.

¡Dinero! esto es lo que circula.

En este Océano todo el mundo navega por llegar á puerto rico.

Hay hombres que se enamoran de las mujeres rubias solo porque tienen cabellos de oro.

Desde que se ha descubierto que se puede hablar *en plata*, andan los hombres unos detrás de otros cogiéndose las palabras.

Hé aquí á Madrid: piés de barro, cabeza de aire, corazón de oro.

Estoy seguro de que no faltará quien guarde cuidadosamente estos renglones, porque al fin y al cabo están llenos de dinero.

Se cae un hombre en medio de la calle y la mayor parte de la gente que transita por ella sigue su camino como si tal cosa; pero deje usted caer una peseta y que suene sobre las baldosas y todas las gentes detendrán el paso.

El ladron, que es el hombre que más profundas observaciones hace sobre sus semejantes, lleva siempre en la boca de su pistola este incontestable dilema: la bolsa ó la vida.

Él sabe que solo la vida puede valer tanto como la bolsa.

Desde luego el dinero vale más que la felicidad.

He oido algunas veces á los ricos soltar estas palabras:

—Ah, los pobres son mucho más felices que nosotros.

De lo cual deduzco yo que al hombre le cuesta menos dar á otro más felicidad de la que él tiene, que darle dos cuartos.

En fin, la soberbia humana tiene que reconocer la humillante verdad que se encierra en estos dos últimos renglones.

No hay más que arrojar un duro al suelo para que todos bajemos la cabeza.

verano da su vida a los campos, mata a las ciudades.

Mirad a Madrid.

Estas ciudades, que en verano se despojan de sus encantos, en invierno se cubren de nieve y esteras.

Como en verano se cubren de nieve y esteras, en invierno se cubren de nieve y esteras.

UN VIAJE BARATO.

Madrid está muerto.

El verano, que da vida a los campos, mata a las ciudades.

Cuando los pájaros hacen sus nidos y los árboles se cubren de frutos y las llanuras de mieses, y los montes de verduras, las ciudades, esa segunda naturaleza de piedra, de ladrillos, y de cal que ha hecho el hombre civilizado, detienen su existencia, suspenden su agitación, esperando para recobrar todo el calor de su vida afanosa y brillante, los fríos y las oscuridades del invierno.

Parece que los grandes centros de la vida humana se despojan de sus encantos en el momento en que la naturaleza se adorna con los suyos.

Así como en Madrid no hay gente medianamente ilustrada, que no haga de la noche día, así estas ciudades populosas, estas colmenas de la hu-

manidad hacen del invierno de la naturaleza el verano de su vida.

Mirad á Madrid.

Está sentado sobre una llanura árida y estensa, como un viajero fatigado en medio de un camino.

Abre sus calles espaciosas para respirar y traga polvo. Se ha reclinado sobre la orilla de un río que apenas anda oprimido por la sed; y en vano pretende ocultarse á las miradas del cielo bajo unos cuantos árboles que no le dan sombra.

Se ve triste, desmayado como la luz de una bugía sorprendida por la claridad de la mañana.

Visto desde la cumbre de la montaña del Príncipe Pio, durante la noche parece un cementerio. Sobre todo, á los pálidos reflejos de la luna.

Desde este sitio, ayudada la vista por la fantástica red de luces que se agitan en su recinto como esos fuegos misteriosos que brotan de las sepulturas, se pueden leer singulares epitafios.

Ved aquí unos cuantos.

Pero no; respetemos los misteriosos secretos de la corrupcion. Tengamos á lo menos el pudor de nuestras miserias.

Suspendamos esta escursion fúnebre, porque no tenemos derecho á penetrar en la vida privada de los muertos.

Dejemos á Madrid.

Para dejarle no tengo más camino que el que me abra mi pluma sobre el papel; pero es bastante.

Voy á echar un vuelo por el risueño campo de mis deseos.

Es un viaje para el cual no necesito ni asiento en la diligencia, ni equipaje, ni pasaporte.

Viaje barato que pueden hacer conmigo todos los pobres.

Es una escursion de verano que, para hacerla, no se necesita dinero.

No hay un avaro que, al leer estos renglones, no abra los oídos tanto como abre las manos cuando recoge la usura, que es la cosecha de la avaricia.

Yo mismo estoy asombrado al tropezar con la idea de que pueda dar un paso entre los hombres sin que me cueste dinero.

Antes de ponerse en marcha, hay que resolver una cuestion importante: es preciso saber adónde vamos.

Casualmente, y por una extravagancia sin duda, la tierra está poblada de lugares desiertos, y el mar nos rodea como si nos quisiera prender.

Esta especie de contrasentido trae otro: podemos hacer una eleccion libre.

Es decir, que podemos más que el gobierno.

No hay más que pedir: la naturaleza paga.

Pido, pues, la falda de una montaña, cubierta de césped, sombreada de manzanos y de arbustos silvestres.

Quiero que esté airosamente cortada por un valle cuajado de castaños, por entre los cuales ha de saltar un arroyo, fresco como la cara de un niño, y limpio como la pluma de un cisne.

No creo que mi mujer se ofenda porque yo me recueste sobre esa falda graciosa.

Necesito una colina que se levante á mi espalda, más accidentada que una soltera de treinta años y más caprichosa que una señorita de quince.

Me es indispensable un precipicio por donde baje cubierto de espuma, semejante á un caballo desbocado, un torrente impetuoso, sobre el cual es preciso que se adelante una roca pelada, calva como la cabeza de un anciano que lee en aquel libro la impetuosidad de las pasiones y la rapidez de la vida.

Este paisaje es necesario que descienda en suaves ondulaciones hasta esconderse debajo de las ondas del mar.

¡El mar! magnífico lienzo que tiene por marco el horizonte.

Soberbio elemento que azota sin descanso las

rocas de la costa y lame enteramente las arenas de la playa.

Ya estamos en las orillas del mar; las olas se empinan y se levantan y se amontonan y van sucesivamente doblándose hasta besar nuestros piés.

Al verse uno sorprendido con este saludo súbito no puede menos de retroceder algunos pasos exclamando: ¡Hola!

Hé aquí el sitio que elegimos para pasar el verano.

No he pedido flores ni pájaros, porque donde hay agua y aire las flores no faltan ni los pájaros huyen.

No he pedido cielo, porque el cielo está en todas partes.

Pero necesito sobre todo tener aquí mi media naranja, porque solo sentiria á medias la risueña perspectiva de este paisaje solitario sin esa mitad de mí mismo.

Los que vengais, traeos vuestros hijos y todo lo vereis con muchos ojos y todo lo sentireis múltiple como si tuviérais muchas almas y muchos corazones.

Es imposible dejar á Madrid con menos incomodidades y menos gastos.

La imaginacion es un recurso que siempre está dispuesto á satisfacer nuestros deseos.

El hombre tiene dentro de sí un amigo complaciente que todo se lo facilita.

La ilusion es la realidad de los que no tienen un real.

Es el fausto de los pobres y el ferro-carril de los deseos.

Yo no he encontrado otra puerta para salir de Madrid y se la dejo abierta á los que quieran imitar mi ejemplo.

¡Cuántos estarán viajando como yo!

LA FORTUNA.

Hay dos fortunas.

La primera consiste en una combinacion feliz de circunstancias que nos proporcionan un bien inesperado. Misteriosa reunion de elementos que vienen á realizar repentinamente el más ardiente de nuestros deseos.

Esta es la fortuna con que contaba César, casi la misma con que cuentan los jugadores de lotería.

Al volver Napoleon de Egipto no hizo más que poner todo su dinero á un billete de la lotería moderna: contaba como César con la fortuna y le cayó: el premio era un imperio.

La fortuna, de suyo caprichosa, no se satisface siempre con vencer todas las probabilidades, con irse de todas las previsiones humanas, tiene además crueles extravagancias.

Newton habia interrogado mil veces al univer-

so entero, había repasado hoja á hoja todas las páginas de la creacion, buscando la existencia de una ley universal.

La tierra rodaba bajo sus piés, y las estrellas giraban sobre su cabeza; aquella vasta inteligencia no alcanzaba á descifrar el enigma.

Mil veces su profunda observacion se fijaria en las tempestades del Océano. En él veria las olas levantarse, sacudir sus soberbias crestas como una montaña movable, y hundirse una tras otra en los abismos de la mar.

De la misma manera las veria empinarse sobre las arenas de la orilla, cayendo tumultuosas como una pared que se desploma, y cubriendo de espuma el sonoro recinto de la playa.

Alguna vez Newton veria llover; alguna vez observaria esa cómoda propension que tiene el agua á caminar siempre cuesta abajo.

El gran Newton ¿no vió nunca rodar una piedra desde la cima de una montaña hasta el fondo de un valle?

Absorto en sus contemplaciones, ¿no sintió alguna vez que el baston se le escapaba de entre las manos? ¿No experimentaba su propia gravitacion sobre la superficie de la tierra?

Sin embargo, la ley universal permanecia oculta á su penetrante mirada.

En vano fatigaba su poderosa inteligencia lanzando su escudriñador pensamiento por los brillantes espacios de la sabiduría.

El secreto se ocultaba con impertinente tenacidad entre las hojas de un arbusto.

Un dia fijó Newton en él sus ojos indiferentes, al mismo tiempo que una manzana se desprendió del tallo que la sostenia.

La naturaleza debió sonreirse al ver en aquel momento el asombro del sábio: la manzana cayendo perpendicularmente desde la copa del arbusto á los piés del grande hombre y rozándole la punta de la nariz, le hizo la luminosa confidencia de la gravitacion universal.

¿Y no es esto un cruel capricho de la fortuna?

¿No es coronar de gloria al genio, al mismo tiempo que lo silba arrojándole al rostro una manzana?

¿Se puede reunir á la vez más favor y más desprecio?

Newton en aquel momento que nosotros no podemos comprender, debió hendeir su fortuna y maldecir su suerte.

Lo mismo que Adan al saborear las amargas dulzuras de aquella otra manzana, debió sentir á un mismo tiempo la soberbia y la vergüenza.

Pero la fortuna no tiene solamente crueles ex-

travagancias, tiene además terribles complacencias.

A menudo se coloca sobre grandes desgracias, solo con el fin de quitar á las víctimas el derecho de ser compadecidas.

Veamos un caso.

Por desgracia el caso que voy á exponer es harto frecuente en Madrid.

No necesito más que apuntarlo ligeramente, porque ¿quién no lo ha visto alguna vez?

La calle ó la plaza que ha de servir de escena á este drama es indiferente, porque de la misma manera es terrible, sea el que quiera el sitio donde ocurra.

Se trata de un hombre elevado por su profesion sobre un andamio á la altura del cuarto piso de una casa cuya escalera no se ha hecho todavía.

Al verlo en tan alto puesto las gentes sencillas pasan exclamando con curiosa admiracion:

— ¡Cómo habrá podido subir ese hombre!

Los que así exclaman ignoran que los albañiles no necesitan para elevarse esas escaleras sólidas y firmes por donde suben las gentes sencillas.

Si hojearan la *Guia de forasteros* allí sí que exclamarían á menudo:

— ¡Cómo ha podido subir tanto este hombre!

El albañil, de pié sobre la frágil tabla del andamio, se mueve delante del peligro con ese aban-

dono que dá la costumbre: tiene el valor de su oficio.

La obra está terminada y empieza á desatar las ligaduras del andamio. El extremo de una cuerda cogido en la juntura de dos tablas se resiste, y el albañil impaciente tira con un esfuerzo mayor del necesario; la cuerda cede, y el hombre arrastrado por su propio esfuerzo aparece en el aire.

Resuena en la calle un grito de horror lanzado á la vez por las bocas de todos los espectadores.

Ese grito es una palabra profunda que solo se puede encontrar en el diccionario de la naturaleza. Todas las academias reunidas no inventarán jamás la expresion propia de las grandes emociones. Los diccionarios de las academias no sirven más que para expresar los términos medios de los afectos humanos.

El pobre albañil, arrastrado por su peso, iba á estrellarse sobre las baldosas de la calle; pero ¡oh fortuna! la misma cuerda, que si se puede decir así, le habia empujado, se le ofrece al caer pendiente del andamio, se ase á ella y queda suspendido, meciéndose en el aire sobre las cabezas apiñadas de una multitud muda y curiosa, á una altura de sesenta piés.

El aspecto de la fortuna en esta ocasion no puede ser más terrible. Aquella cuerda que es una

esperanza de salvacion, tiene la horrible crueldad de erugir sordamente á cada balanceo que el peso del cuerpo imprime en ella.

En un momento se disponen los medios de sacarlo de tan angustiada y afortunada situacion; pero el filo de la tabla sobre que se apoya la cuerda, la roza sin descanso y al fin la rompe.

Un nuevo grito que se confunde con el ruido del cuerpo al estrellarse sobre las baldosas pone término á una escena que trasportada á un teatro se convertiria en una mina de oro.

La gente, pálida, aterrada, rodea á la victima.

De repente el espanto se apacigua, un murmullo de satisfaccion circula, y el albañil se ofrece á la vista de todos, sentado sobre la acera con el rostro sereno y la cabeza sana. La multitud prorumpe en esta exclamacion de alegría:

— ¡Qué fortuna! ¡se ha roto una pierna!

¿No es esto una terrible complacencia de la suerte? ¿No es romperle á un hombre una pierna para que todo el mundo vaya á decirle: ¡qué fortuna!

¿Quién puede incurrir en la ridiculez de compadecer á un hombre que ha tenido la fortuna de romperse una pierna?

Si ese hombre hubiera tenido la desgracia de no caerse, ¿tendria ahora la fortuna de quedarse cojo?

Hay otra fortuna, que es moderna, fortuna que se hereda, que se hace, que se improvisa y que se malgasta.

Fortuna cuyo templo es la Bolsa, su vida la especulacion, su misterio el negocio. Fortuna irresistible que al fin ha vencido á la otra fortuna.

La fortuna de César, de Napoleon, de Newton, la fortuna antigua ha tenido que refugiarse como sus únicos dominios al fondo de los sacos de donde salen los números premiados de las loterías.

Si fuera posible destapar los misteriosos aparatos sobre que se sostienen las más flamantes fortunas, no veriamos una casual combinacion de circunstancias, veriamos un mecanismo calculado, previsto y dispuesto minuciosamente como la máquina de un reloj.

César sembró su inteligencia, Newton su sabiduría, Napoleon su génio; lo demás lo hizo la fortuna.

La fortuna moderna no pide ni inteligencia, ni sabiduría, ni génio. Le pide al hombre su dignidad, su corazon, sus virtudes y su conciencia y le llena la casa de oro. Reclamo el testimonio de los jugadores. ¿Hay alguna combinacion de naipes, de dados, hay algun juego de suerte en que sea la fortuna la que reparte las pérdidas y las ganancias?

El que no sepa jugar es necesariamente un jugador sin fortuna: la habilidad ha vencido al azar.

Los dados caen segun como se echan, los naipes salen segun como se sacan.

Madrid es una mesa de juego: el que no salga arrastrando su conciencia, no alcanzará los favores de la fortuna.

El que quiere buscar á la fortuna que no impone ninguna humillacion, no le queda más recurso que jugar á la lotería.

Tú, lector, que debes ser un hombre de bien, no te fies de esas últimas palabras.

La fortuna que puedes buscar por medio de la lotería no te exige que vendas ninguna de tus virtudes, pero llevas una probabilidad contra treinta mil de que llegue un dia en que te haga vender la camisa.

Piensa bien en esto: si la camisa no es una de las virtudes, hay una virtud que no se puede tener sin camisa.

Tú eres honesto y me habrás comprendido.

Si fueses tan desgraciado que no pudieses salir en busca de la fortuna ni siquiera por el camino de la lotería, voy á consolarte con una verdad desastrosa:

Pierde la vergüenza y tendrás fortuna.

DOS DE NOVIEMBRE.

Tomo la pluma lleno de una extraña curiosidad: quisiera saber qué hay en el fondo de mi tintero.

Lo tengo delante y me asomo á él como pudiera hacerlo á la boca de un pozo. Todo lo que distingo es oscuro.

Apenas tiene mi tintero dos pulgadas de profundidad y me parece que estoy asomado á la boca de un abismo.

Es singular. ¡Qué cosas se ven donde no hay nada que ver!

¿De dónde sale esa multitud de figuras, de colores, de dibujos que se ven siempre que cerramos los ojos?

¿Cómo vemos todas esas cosas invisibles?

¿Qué especie de mundo es ese que solo se revela á nuestros ojos cuando los cerramos?